

Alerce

Año 6, N° 56, abril de 2019. Director: David Hevia

Fundador del Grupo Alicanto recuerda el paso de sus miembros por la Sech

El Alicanto, ave de la mitología chilena que merodea los cerros en busca de su alimento: el oro, la plata, el cobre... hoy es el símbolo de un grupo de escritores que va tras el tesoro fabuloso del espíritu.

“El Grupo ALICANTO no es otra cosa que un taller literario, limitado por el momento, cuyos integrantes son en su totalidad miembros de la Unión de Escritores Americanos. El objetivo de este taller, es mantener un constante progreso en la literatura joven de la institución”.

Así se nos presentaba en el Boletín Informativo del Primer Trimestre de 1962 publicado por la Unión de Escritores Americanos. La idea de formar un taller literario surgió de forma casi espontánea de cuatro jóvenes que se conocieron en las reuniones que realizaba esta institución que presidía el poeta y dramaturgo Benjamín Morgado, en el Salón de Actos del antiguo local del Instituto Nacional. Ellos eran Jorge Soto Herrera, Rey Álvarez (Reinaldo Carrasco Álvarez) ambos ya fallecidos, Ramiro Rivas Rudisky y Jaime Cerda Corona. Pronto invitamos a Edmundo Herrera para que se integrara al grupo como nuestro hermano mayor. A mediados de 1963, fuimos presentados por este hermano mayor a la Sociedad de Escritores de Chile y, como todos teníamos libros publicados, el escritor Guillermo Atías, presidente en esa época de la SECH, a través de una carta, nos dio una cordial bienvenida. Hasta entonces nuestras sesiones de taller las realizábamos cada sábado en casa de cualquiera de nosotros. Solicitamos al directorio de la SECH que nos facilitara una sala para reunirnos los días sábado entre las 16 y las 19 horas. Como la repuesta fue favorable, el taller del Grupo Alicanto empezó a funcionar en la Casa del Escritor. El único que no estuvo muy de acuerdo con esta prerrogativa fue el poeta Teófilo Cid, Secretario Técnico de la SECH. Nos ponía una cara de pocos amigos cuando llegábamos y a la siete en punto de la tarde nos pedía que nos fuéramos. Es que nosotros le interrumpíamos la quieta soledad que disfrutaba en la casona de Almirante Simpson. Al año siguiente enfermó de gravedad y falleció en el Hospital José Joaquín Aguirre.

Para varios de nosotros la SECH fue una suerte de escuela literaria. El Refugio López Velarde, “Mi Corazón Amerita en las Sombras”, se convirtió en ocasiones en una sala de clases magistrales. Allí escuchamos a Benjamín Subercaseaux con sus observaciones sobre arte; al poeta y diplomático Humberto Díaz-Casanueva hablarnos de poesía; a Francisco Coloane, a Luis Merino Reyes. Largas conversaciones con Mario Ferrero, Nicasio Tangol, el simpático Juan Florit, Homero Arce, que me regaló su libro de sonetos “Los Íntimos

Metales”, con ilustraciones de Pablo Neruda sobre papel de volantín; con Braulio Arenas, que pasaba largas horas en partidas de ajedrez con Miguel Zaidel. Todo podía suceder en ese cálido ambiente de escritores ya formados y de aprendices de escritor. Una noche de invierno y de vino navegado, apareció el poeta, músico y fotógrafo pichilemino Jorge Aravena Llanca con su guitarra y nos entretuvo con canciones del folclor latinoamericano hasta la medianoche (supe hace poco que Jorge Aravena Llanca estaba radicado en Alemania).

En nuestra generación, la amistad nacía como de un rayo: Jorge Teillier, un poco tímido en un principio, muy atildado de terno y corbata; Edesio Alvarado, buen conversador; Luis Vulliamy; el chico Rolando Cárdenas, con su sur a cuestras; Raúl Cevallos y su “Memorables Helicones”, que participó en el Grupo Alicanto en un comienzo; Juan Agustín Palazuelos, que también nos dejó a muy temprana edad. Y todos en un afán de arreglar el mundo que nos llevaba más tarde a seguir elucubrando en algún bar o algún café en el centro de Santiago. Evoco al “Paco” Rivano, con su uniforme de carabinero y su libro “Esto no es el Paraíso”. A veces nos íbamos desde Almirante Simpson en un conversar diverso, caminando hasta Marcoleta con la calle Carmen, donde yo vivía; allí nos despedíamos y él seguía coqueteando con las sombras y con su portadocumentos marrón en una de sus manos. Cómo olvidar a la colorida Stella Díaz Varín, con su genio explosivo. Si una persona la miraba demasiado se enojaba, y si no la miraban también fruncía el ceño. Yo, por lo general, trataba de estar alejado de ella para evitarme malos ratos. Interrumpía cualquier acto literario que no era de su agrado con una frase: “¡Usted, cree que somos monos!”. Y a Matilde Ladrón de Guevara, luchadora social, vehemente, pero amistosa. A Ester Matte Alessandri, siempre dispuesta a dar una mano a quien lo necesitara.

No puedo dejar fuera de los recuerdos a Sergio Canut de Bon. Un ser especial lleno de una fantasía atávica. Escribía en algunas paredes “Viva Canut de Bon”, y en otras “Muera Canut de Bon”. Para muchos, una persona incomprensible; para mí, un amigo y un poeta.

En la Feria de Arte del Parque Forestal que se hacía anualmente a fines de año, solicité

un stand para el Grupo Alicanto a fin de exhibir poemas ilustrados y libros de nuestra producción. Corría el año 1964 y llegábamos todas las tardes a poner sobre un mesón que nos facilitaron los libros, y colgábamos en los árboles que nos rodeaban los poemas ilustrados. Recibimos en nuestro reducto visitas inesperadas. En una ocasión se acercó hasta el mesón sin escoltas, ni carabineros, don Bernardo Leighton, ministro del Presidente Frei Montalva, y nos compró libros a todos; en un breve cambio de palabras nos felicitó y nos deseó buena suerte. Otro día llegó a la feria nada menos que el senador Salvador Allende, también sin medida alguna de seguridad. Venía donde un matrimonio de artesanos en cobre que casualmente eran nuestros vecinos. Don Salvador se instaló en medio de los dos stands y pudimos conocerlo como persona y compartir muchos aspectos de su ideología política. Se quedó esa tarde hasta el cierre de la feria, cerca de la medianoche, y luego nos fue a dejar en su automóvil a cada uno de nosotros a nuestras respectivas casas, con todos los bártulos. Yo era el que vivía más cerca; Edmundo Herrera, Ramiro Rivas y Rey Álvarez, más alejados del centro, en el Paradero 5 de la Avenida Vicuña Mackenna.

En 1965, Pablo de Rokha ganó merecidamente el Premio Nacional de Literatura. El único que lo conocía personalmente era Edmundo Herrera, puesto que ambos habían sido presidentes del Sindicato de Escritores; los demás, solo por la lectura de parte de su obra. Decidimos, Jorge Soto, Ramiro Rivas y yo, hacerle una visita. Llegamos a su casa sin aviso previo, con el pretexto de una breve colaboración para el primer número de nuestra revista Pájaro de Cobre. A pesar de la lógica aprensión que sentíamos por estar ante un ser que imponía respeto tanto por su personalidad como por su físico, don Pablo nos recibió con una hospitalidad que nos sorprendió. La casa del poeta, por la Avenida Larraín al poniente, estaba construida de acuerdo con su naturaleza, ruda, silvestre. Maderos entrelazados (la típica casa Urbina) un porche que daba la bienvenida con un pequeño living con muebles de mimbre, un amplio comedor con una mesa de tablonos de pino y sillas campesinas tapizadas con totora. La entrevista fue cálida, amistosa y nos ofreció un poema inédito para nuestra aventura periodística. Una semana después, ahora acompañados por Edmundo Herrera, volvimos donde don Pablo, quien nos tenía el poema prometido: GRAN ODA POPULAR AL RÍO YANGTSE. Él había sido invitado por el Gobierno de la República Popular China a visitar ese país. Luego de escuchar sus experiencias en su viaje a la tierra de Mao Tse-Tung, nos pidió compartir su mesa. Don Pablo, sentado a la cabecera de la mesa, como un patriarca, repartía los alimentos, el pan



y el vino. Había dos escritores más en esa cena, que no recuerdo muy bien; uno de ellos pudo ser Carlos Droguett. Estuvimos varias veces en la casa de don Pablo, le llevamos nuestra revista donde su oda ocupaba dos páginas y media y varias veces nos quedamos a comer con él y otros poetas. Yo seguí visitándolo una o dos veces al mes hasta su fallecimiento, los primeros días de diciembre de 1968. Estaba delicado de salud y él lo entendía como un luchador que no quiere ser vencido por la muerte. Y él mató a la muerte. Los guerreros eligen la manera de morir, al igual como lo había decidido su hijo Carlos, con la misma arma, seis años antes. Sus funerales fueron polémicos, como lo fue su vida. Luego de los panegíricos de representantes de entidades intelectuales y políticas, hizo uso de la palabra Carlos Droguett y disparó contra, según él, los hipócritas que en ese instante lo alababan y que en vida lo habían denigrado y combatido con saña. Así terminó la despedida de un gran poeta. Tal vez como el mismo lo hubiera deseado. Mi homenaje para él está en la Antología Internacional “120 Poemas para Pablo de Rokha”, Editorial Askasis, 2014.

Así, en un deambular por los caminos de la literatura y de la amistad, llegamos a los días de la Unidad Popular y el triunfo de Salvador Allende. Muchos habían hecho suyos los sueños de ese Salvador Allende que conocimos en la Feria de Arte del Parque Forestal. En 1972, sin querer queriendo, ya éramos parte del CUP de Escritores (Comité de Unidad Popular), para terminar con el aciago 11 de septiembre de 1973. Fue el término de todas las utopías, de toda esperanza de un mundo mejor, más justo. A esa fecha, Edmundo Herrera era presidente de la SECH; yo, parte del CUP, además de secretario del Sindicato Profesional de la EMI-Odeón Chilena, director suplente de la Confederación de Empleados de la Industria y el Comercio con sede en el Edificio de los Trabajadores (hoy Ministerio del Trabajo, de donde fuimos desalojados) y, por si fuera poco, allendista. El presidente de mi sindicato fue encarcelado. Una acusación anónima nos vinculaba con los cordones industriales. Empezaron los allanamientos, los cargos y descargos. Un personaje allegado a los golpistas me sugirió como “amigo” que me alejara de los ambientes “intelectuales” por un tiempo largo. El Grupo Alicanto se disolvió, pero la amistad de los sobrevivientes perdura hasta el presente. Recién en abril de 1974 me reuní con Edmundo Herrera en su casa. También recibió la visita de los allanadores. Nuestro futuro, como personas y como escritores, era incierto. Yo me alejé de la Sociedad de Escritores por más de diez años, simplemente por no comprometer a mis amigos. Seguí siendo dirigente sindical hasta el año 1978.

Hoy, tras el alejamiento corporal de Edmundo Herrera, al que despedimos en una emotiva ceremonia de recuerdos y música en Isla Negra el 17 de marzo pasado, del Grupo Alicanto quedamos Ramiro Rivas y yo.

JAIME CERDA CORONA

(En la fotografía de la página anterior, los miembros del Grupo Alicanto en la Feria de Arte del Parque Forestal, en 1964. De izquierda a derecha: Jorge Soto, Jaime Cerda Corona, Ramiro Rivas, Edmundo Herrera y Rey Álvarez).



Cada minuto

Me encuentro en el dibujo
Lloro en luna llena
me esbozo en ella
me dejo llevar
a un pozo de cadáveres
traídos por pájaros
que se alejan en cada llamada
Mi corazón se congela
mientras suenan rimas que nunca dediqué

Mi voluntad
está en una casa solariega
donde habitan los retirados
acarreando sombras de cuerpos
que dicen que debo callar
para que llegue la lluvia
y así no estar

Mi ánimo
es una carente loca
que anda de nicho en nicho
buscando amor de muertos

Ciega
recorro calas
sin apoyo
sin guía
Encabezarme
quizá
nunca
Tampoco he tenido
el honor de tomarme la vida en serio
pero no he de lamentar
que me abandone
Nada poseo
pues nada pido

Despojada
nací
y me voy
tan inducta
de lo que en el mundo había

Disimulé
viajé
y el único equipaje
que encontré
es este nombre
Pues bien
accedo al brote
que me lleva al olvido
Morir
después de haber ofendido
y no ser nada...

Furia

Se siente venir la noche sin llegar
Un sol puro
Un negro despertar

Pálida
ya de día
se desea

Inquietándose el carro
de la luz febea

No quiero perder el rigor.
tampoco el frenesí del albor.

Trance

Cae el universo
en un descanso anhelado

Poderosa muerte
sal invisible de las nubes
tu nacimiento
no es accidentado.
Culmina
en un alborozado poema

La musa
ansia la muerte
pues bien
ven a buscarla

IVE GÖEDE



(En la imagen: Karmellita, de Stas Sugint. Óleo sobre tela, 2014).